



El viaje a Atienza

Antes de que la rueda de prensa tuviese lugar, se celebró el miércoles 26 de agosto, a Katharine Hepburn la llevaron a conocer Toledo, El Escorial, Ávila, Segovia y, por supuesto, Atienza. La entonces poco menos que misérrima e histórica villa de la provincia de Guadalajara que, pocos lo conocían, iba a pasar a la historia de la cinematografía mundial de la mano de aquella mujer, a través del título de una película tan extraña como lejana. *Las Troyanas*, que en Atienza nadie sabía quiénes eran ni falta que hacía. Lo más que se conocía entonces en Atienza era que desde el mes de mayo el Ayuntamiento, cada dos por tres, emitía un bando dando cuenta de que se necesitaba tal o cual cosa “para la película del castillo”.

Por la villa pasaron arquitectos, ingenieros y mandamases, de Bellas Artes sobre todo, para dar las autorizaciones pertinentes y, en ello,

llegó ella. La gran Katharine Hepburn, junto al director de la película, Michael Cacoyannis, para conocer el lugar del rodaje y, sobre todo, para que la estrella, que pasaría en Atienza los próximos meses, conociese su casa y pudiera hacer las últimas indicaciones en cuando a la decoración del interior o el color de la pintura de las paredes. La casa estaba recién construida, pero todavía le faltaban los muebles y pintar las paredes al gusto de quien iba a ser su inquilina. Una casa cuyo alquiler se ajustó en 1.500 pesetas diarias, una auténtica barbaridad para aquellos tiempos.

Junto al director griego, y en compañía de Augusto García Fernández-Balbuena, su secretaria y la intérprete, hizo la actriz su primer viaje a Atienza. La recibió, como no podía ser de otra manera, su ilustre Alcalde, don Julián Ortega Asenjo, médico de profesión y, a la sazón, entre otros títulos, Consejero de la Caja y Diputado provincial por el partido de Atienza, además de los que hacían mención a su pertenencia al llamado Movimiento Nacional. Todos ellos se pasearon por la villa en un día en el que, a juzgar por las prendas que vestían la estrella y el director no debió de ser muy caluroso, y eso que corrían los últimos días de agosto en los que, quizá por ello, empleados los atencinos en el trabajo de la era, pasó desapercibida. Muy pocas personas se dieron cuenta de que caminó desde la plaza del Ayuntamiento hasta los alrededores de la iglesia del Salvador, donde se encontraba su domicilio, y que la comitiva se detuvo en la plaza de San Juan, y junto al Arco de su nombre, donde se retrataron para la posteridad.

Os construiré unas escuelas...

La mayor de seis hermanos, y sin hijos a lo largo de su vida, tuvo un especial cariño por los niños. Y los chiquillos de Atienza, que en gran número trabajaron en la película, la enamoraron. Por ello, desde el primer momento llevó la idea fija en la cabeza de dejar para la posteridad del tiempo, y de la villa de Atienza, su nombre enmarcado entre los muros del pueblo.